

tambre de los judíos, y no sé comprender qué virtud, qué poder, qué fuerza le ha arrojado del sepulcro, no pudiendo tener por sí mismo el menor movimiento. Veo, por fin, cuando se le descubre el rostro, que está lleno de vida, y hasta de salud, y que solo espera para andar libremente, que se le deje libre de sus ataduras, cuya operacion se le hace con la mayor premura. Y entonces ¡ah! ríndome á los piés de aquel que acaba de probar de un modo tan sorprendente como inaudito, que es el Mesías, enviado por el Padre celestial, y que es en verdad la resurreccion y la vida, pues anima con una sola palabra un cadáver infectado ya por la corrupcion.

Deseaba únicamente que tan admirable y ruidosa resurreccion hubiese tenido consecuencias, y que estas consecuencias de tal manera formasen parte de la historia de Jesucristo, y estuviesen con ella tan inviceras, que no fuese posible el separarlas. Continúo, pues, la lectura, y encuentro aun más de lo que deseaba.

«Con esto, dice San Juan, muchos de los judíos que habian venido á visitar á María y á Marta, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los fariseos, y descontaron las cosas que Jesus habia hecho. Entónces los pontífices y fariseos juntaron consejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros: Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nacion. En esto, uno de ellos, llamado Caifas, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros nada entendéis de esto, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que como era el sumo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion; y no solamente por la nacion judaica, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel dia, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los judíos; antes bien, se retiró á un territorio vecino al de-

«sierto de la ciudad, llamado Efrem, donde moraba con sus discípulos.»

Los sacerdotes y el consejo no se exponen á examinar la verdad del milagro, como lo habian hecho con respecto al ciego de nacimiento. La consideracion de que gozaban Lázaro y sus hermanas, que no eran de la ínfima plebe, el número de testigos que eran así mismo personas de distincion, y que á su vuelta habian llenado Jerusalem con la fama de esta noticia, y sobre todo, el temor de añadir un nuevo brillo y realce á un milagro que ellos anhelaban sofocar, si daban muestras de dudar de él, les llevaron á resolver definitivamente la muerte de Jesucristo, y á poner de este modo fin á sus milagros. El dicho de Caifas, que se ha hecho célebre, de que convenia que un solo hombre muriese por el pueblo, y el retiro de Jesucristo hácia el Desierto, son otras tantas pruebas de esta deliberacion.

«Seis dias, empero, ántes de la Pascua, volvió Jesus á Betania, donde Lázaro habia muerto, y á quien Jesus resucitó. Aquel dispusieron una cena. María servía, y Lázaro era uno de los que estaban en la mesa con él. Y María tomó una libra de unguento, ó perfume de nardo puro y de gran precio y derramólo sobre los piés de Jesus, y los enjugó con sus cabellos, y llenóse la casa con la fragancia del perfume. Por lo cual, Judas Iscariote, uno de sus discípulos, aquel que le habia de entregar, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos dineros para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algun cuidado de los pobres, sino porque era ladrón ratero, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella. Esta ocasion determinó á aquel traidor á ir á encontrar los príncipes de los sacerdotes y decirles: ¿Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y convinieron en darle treinta dineros de plata.»

Ved ahí una série de hechos de una gran consecuencia, é íntimamente enlazados uno con otro. Jesus deja su retiro al acercarse la Pascua, época en que Jerusalem se llenada de una mul-

itud infinita de judíos; viene á Betania, y en casa de un hombre muy conocido, llamado Simon el Leproso, porque en efecto lo habia sido, se prepara la cena. Lázaro es uno de los convidados, asisten allí sus dos hermanas, Marta y María, y esta derrama sobre los piés de Jesucristo, y despues sobre su cabeza, un precioso perfume. Esta profusion desagrada á Júdas, él cual va á encontrar los sacerdotes para venderles á su Maestro, y recibe de ellos treinta dineros de plata. ¿Cómo es posible separar estas circunstancias? ¿Como negar la cena ó el convite? ¿Cómo negar la efusion del perfume? Lázaro es uno de los convidados. ¿Cómo puede negarse su anterior muerte? ¿Y su resurreccion puede estar atestiguada de una manera mas solemne? ¿Júdas mismo, avaro, murmurador, pérfido, no pone el último sello á la certitud de los hechos? ¿Es su crimen una ficcion? ¿Pudo acaso ser inventada la ocasion de su crimen? ¿Es quimérico el precio con que se contentó? ¿Y no merece asimismo alguna atencion la profecía de Zacarías, que tan claramente lo predijo tantos siglos ántes?

Mas ved aún algo de mas fuerte: «Una gran multitud de judíos, luego que supieron que Jesus estaba en Betania, vinieron allí desde Jerusalem, no solo para ver á Jesus, sino tambien para ver á Lázaro, á quien habia resucitado de entre los muertos. «Por eso los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creian en Jesus.» La curiosidad de los que venian á Betania, es una consecuencia natural de la verdad de la resurreccion de Lázaro; y su fé en Jesucristo es otra consecuencia de lo mismo, si bien que dependiente de la gracia de Dios. Uno y otro suceso debieron enfurecer á los sacerdotes y á los fariseos, enemigos de Jesucristo: y aunque nadie podia esperar una resolucion tan cruel y tan insensata como la de quitar la vida á Lázaro, como si se hubiese podido impedir que Jesucristo segunda vez se le restituyese, en tan bárbaro designio, inspirado por la rábia de la desesperacion, y en todo lo

demas, veo pruebas públicas del milagro que excita la curiosidad de muchos, induce algunos á que crean, y enfurece á los que no pueden osecurecerle.

Por fin, «al dia siguiente, una gran muchedumbre de gentes que habian venido á la fiesta (de la Pascua), habiendo oido que Jesus estaba para llegar á Jerusalem, cogieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: ¡Hosana! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel..... Y la multitud de gentes que estaba con Jesus cuando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos, dada testimonio de él. Por esta causa salió tanta gente á recibirle, por haber oido que habia hecho este milagro. En vista de lo cual, dijéronse unos á otros los fariseos: ¿Veis como no adelantamos nada? Hé aquí que todo el mundo se va es pos de él.» ¿Cabe en la posibilidad el negar que Jesucristo hiciese su entrada en Jerusalem como lo refieren los evangelistas? ¿Se ha de considerar como fabuloso el concurso del pueblo que iba delante de él con palmas y grandes aclamaciones? ¿Puede acaso cercenarse en el relato de los evangelistas este suceso tan público de las circunstancias que le acompañan? ¿Y puede hallarse una razon mas natural de este concurso y de este triunfo, que la resurreccion de Lázaro, de la cual muchos habian sido testigos, y de la cual ya nadie dudaba absolutamente?

Despues de tantas pruebas de todo género, atestadas unas sobre otras, no me queda mas sino preguntar á cualquiera que no se sienta agobiado por su peso, lo que necesita para darle plena certitud de una resurreccion, rogarle que concierte él mismo las pruebas á que cederia, y meditar detenidamente los medios de que se serviria para asegurarse primeramente de la muerte, y despues de la resurreccion. Y estoy íntimamente convencido, que despues de haber agotado su discurso, no presentará uno y otro suceso con tanta evidencia como la muerte y la resurreccion de Lázaro, y que la verdad, de que parece no estar satisfecho,

superará de mucho todos los esfuerzos que haya hecho su imaginación para sustituirla.

Acabo de poner á la vista de cualquier entendimiento sensato y razonable la manera con que la Divina Providencia le ha facilitado el exámen de la religion cristiana en la historia de un solo milagro, porque este milagro prueba invenciblemente que Jesucristo es el Mesías, pues dice públicamente que le obra para probarlo, y que él es la resurreccion y la vida; esto es, principio de la una y de la otra, y por consiguiente Dios, y ántes de obrarle, se atribuye estas augustas calidades, exijiendo que se crea ciertamente que las tiene. ¿Puedo en esto haberme equivocado? Si Jesucristo es el Mesías, si es Dios ¿no queda ya probado todo? ¿Y qué otro deber nos incumbe, despues de esta demostracion, sino escucharle y obedecerle?

¿Habrá acaso razon para disculpar la inexcusable pertinacia del que se obstine en negar un milagro cuya verdad es tan sensible, y está tan necesariamente enlazada con un número considerable de circunstancias, de que no puede dudar sin atacar todos los fundamentos de la historia? ¿Obraría con prudencia cualquiera que prefriese una ciega y eternamente funesta tenacidad, ántes que dar crédito á un hecho tan autorizado? ¿y qué uso haría de su razon, continuando en prestar oídos á dudas sobre ciertos puntos de religion, quedando convencido por esta sola prueba de que ninguna de estas dudas puede ser fundada, pues todas quedan aquí destruidas y arrancadas de raiz?

¿Pero será posible, se me responde, que la resurreccion de un hombre enterrado de cuatro dias, sucedida en un punto tan inmediato á Jerusalem, no hubiese convertido á todo el mundo? A esto respondo, que muchos quedaron conmovidos por este milagro, y creyeron en Jesucristo; pero que esta fé, si fué sincera, no fué efecto del milagro exterior, el cual tan solo dió ocasion á ella: que el pueblo estaba dispuesto á creer, prueba de ello la prisa con que se agolpó delante de Jesucristo y las aclamaciones con que le recibió cuando hizo su entrada en Jerusalem; pero que se vió privado de

seguir su deseo y sus inclinaciones por la mancomunacion de los sacerdotes y de los fariseos, que tenian la principal autoridad en la religion; que la ignominia de la cruz, tan diametralmente opuesta á sus preocupaciones y á sus esperanzas, corrió despues un velo delante de sus ojos, semejante al velo que tenian ya en su corazon, y que les ocultó á Jesucristo; y que los sacerdotes y los fariseos se habian ya abiertamente declarado contra él; que sus milagros solo servian para irritarles mas y hacérselo mas odioso; que habia ya reventado su ódio desde que se habian creído despreciados, esto es, desde que se les habia arrancado la máscara de su hipocresía; que los vicios que mas ciegan el espíritu, y que esparcen mas densas tinieblas en el corazon son el orgullo y la envidia, cuando se ven ya desesperadas en sus inícuos planes por el mérito y la virtud de un hombre extraordinario: que estas pasiones no pueden quedar satisfechas sino por medidas crueles y violentas; y por último, que por este camino debian quedar cumplidos los profundos consejos del Padre celestial sobre su Hijo, segun los profetas, y segun lo observa San Juan. "Por mas que Jesucristo hubiese obrado delante de los judíos tantos milagros, no creyeron en él, á fin de que se cumpliese aquel vaticinio del profeta Isaías: Señor, ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿Y de quién ha sido conocido el brazo del Señor? Por eso no podian creer; pues ya Isaías dijo tambien en tono profético: Cegó sus ojos y endureció su corazon, para que con los ojos no vean y en su corazon no perciban; por temor de convertirse y de que yo les cure. Esto dijo Isaías cuando vió la gloria del Mesías, y habló de su persona."

Esto es lo que ha de cerrar la boca á todo el mundo. Predicho estaba que los judíos no creerian; que verian los mas estupendos milagros como si no los viesan, y que su corazon obcecado no haria el menor caso de lo que al parecer debia conmovierles mas. Por manera que hubiera sido una prevencion contraria á Jesucristo si casi todos los judíos, fuertemente impresionados por la evidencia de sus milagros, hubiesen creído en él; pues los profetas habian predicho lo contrario, y dado como una señal por la que de-

bia reconocerse el verdadero Mesías, la incredulidad casi general de la nacion respecto á él.

Créese que Marta siguió hasta la dispersion de los apóstoles, á su hermana y á las santas mujeres que embalsamaron el cuerpo de Jesus ántes de colocarlo en el sepulcro.

Los escritores de la Iglesia primitiva nos han dejado pocos detalles sobre los últimos años de Marta, y parecen persuadidos que murió en Jerusalem ó en Betania.

Mas tarde ganó crédito la opinion de Lázaro y sus hermanas, perseguidos por los judíos, despues de la Ascencion de Jesucristo, y echados sobre un buque sin velas y sin timon, abordaron milagrosamente á Marsella. Muchas ciudades de la Provenza escucharon la voz de aquella piadosa colonia, que predicaba una nueva religion, y se convirtieron al cristianismo.

Segun este sentir, Lázaro fundó la iglesia de Marsella, María evangelizó la Provenza, y Marta reunió al principio algunas piadosas mujeres en torno de sí, para enseñarles la práctica de la vida cristiana; despues pasó á Aviñon, en donde dejó iguales vestigios de su tránsito, y vino por fin á morir en Tarascon, predicando la fé por la santidad de sus obras mucho mas que con la palabra. Pero sus reliquias no estuvieron allí en veneracion hasta fines del siglo XII en el que Imberto, arzobispo de Arles, consagró una iglesia levantada sobre el sepulcro de la santa, que se habia poco ha descubierto. La cabeza, separada de lo restante del cuerpo, fué colocada en 1458 en un relicario de plata dorado, en medio de una magnífica suntuosidad, presidida por René d' Anjou, rey de Jerusalem y de Sicilia. Veinte años despues el rey Luis XI hizo reemplazar el relicario de plata por una urna de oro maciso, artísticamente trabajada.

La fiesta de Santa Marta, que se celebraba en otro tiempo en 19 de Enero, fué trasladada á 29 de Julio, y los griegos la han fijado en el cuarto dia de Junio. Conocida es la leyenda que refiere que Santa Marta domó la tarasca ó dragon, mónstruo terrible que desolaba las comarcas de las orillas del Ródano, y es sabido

tambien que esta leyenda suministró á Cárlos Vanl6o materia para uno de sus cuadros mas estimados que adornan en el dia la iglesia de San Jaime en Tarascon. El grande pintor de asuntos religiosos en la escuela francesa, Eustaquio Lesueur, hizo una composicion admirable, representando a Marta que se queja al Salvador de no ser ayudada por María en los preparativos del convite: todas las testas tienen su carácter propio, expresado con sublimidad. Jouvenet pintó tambien este asunto, y además á Marta en el sepulcro de Lázaro. Este último cuadro, de una distribucion magnífica y de un bellissimo colorido, lleno de grandiosidad y de espíritu religioso, fué hecho para la iglesia de la abadía de San Martin, y ahora se halla en el museo del Louvre.

Por lo demás, la escena de la resurreccion de Lázaro puede ejercer el mas delicado pincel, y producir un verdadero prodigio del arte. Una sorpresa de nuevo género pintada en el semblante de los circunstantes, mezclada en las dos hermanas con la expresion del gozo y del reconocimiento; el rostro sereno del Salvador, radiante de majestad y de poder, y las pálidas y desencajadas facciones del cadavérico cuerpo que va cobrando animacion y vida, y para cuya situacion singular no hay modelos que imitar en la naturaleza, pueden acreditar en el artista un tacto muy delicado y un talento sublime.

Consagremos un momento á las creaciones espléndidas del entusiasmo religioso con que el autor de la *Mesiada* embellece algunas de las escenas del hermano de Marta. En el canto IV presenta á Lázaro y á sus dos hermanas, á Samida, al huérfano de Naím, á la hija de Jairo y á otros personajes, que vienen en busca de Jesus cuando éste se dirige por última vez á Jerusalem para la celebracion de la Pascua.

Lázaro camina al lado
De la Madre del Señor,
¡Lázaro resucitado!
¡Que vió del sepulcro helado!

El hondo y tético horror!

Fija su mirada tiene

En la tierra que va hollando,

Mas la idea que le viene

Y el pensar que le entretiene

Al cielo se va elevando.

Su fantasía ardorosa

Le pinta el instante fuerte

En que á la voz portentosa

Sacudió desde la losa

Las cadenas de la muerte.

Y del polvo levantóse

Y pareció ante el Mesías

Y en su lecho incorporóse,

Y su cuerpo estremeciése

En sus envolturas frias.

Cual si de un sueño ligero

Le despertaran en pos,

Del abismo lastimero

Donde dormía primero

Vióse delante de Dios.

Seguro está que el morir

No devora la existencia;

Pasa á mas bello vivir,

El alma que ha de existir,

Siendo inmortal por esencia.

Su sosegado semblante

Respira calma sublime

Y aquel gozo embelesante

Que sienta el cristiano amante

Aun cuando el dolor le oprime.

En el canto X, mientras las almas de los patriarcas y de los profetas se han reunido bajo las palmeras del Gethsemaní, en donde

se ocupan de los sufrimientos del Redentor; mientras las almas de Juan el Precursor, de Mirian y de Débora exprimen su dolor por medio de lúgubres y solemnes cantos, y los fieles agobiados de tristeza se alejan del Gólgota, el hermano de Marta sigue á Lebeo en medio de los sepulcros en donde este discípulo se habia refugiado; y le consuela, haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que Jesus le ha resucitado.

Por la agonía de Jesus, los fieles
Tanta amargura viendo,
De dolor fiero el alma desgarrada,
Se dispersan gimiendo.

Con lento paso aléjase Lebeo
Amante del Mesías,
A divagar errando solitario
Entre las tumbas frias.

Recorriendo al azar y silencioso
Sus bóvedas oscuras,
Como fantasmas del dolor contemplo
Las lúgubres figuras.

De un monumento fúnebre á los restos
Su planta se detiene,
Y vacilando en las heladas piedras
Apénas se sostiene.

Sobre yertos escombros sepulcrales
Apóyase su frente,
Y en tinieblas densísimas y negras
Abísmase su mente.

Tinieblas mas oscuras y palpables
Que la niebla sombría
Que en aquellos momentos gravitaba
Sobre la tierra impía.

En aquel instante mismo Lázaro se presenta á la entrada de los sepulcros, y con un acento suave pero magestuoso, dice el discípulo:

No así te dejes dominar medroso
 Por ese desaliento que desmaya,
 Alza esta frente que parece quiere
 Sondear de la muerte las moradas.
 ¿Tú ya no me conoces? ¡qué! ¡tan presto
 La misma voz de aquel á quien amabas
 Sería para tí desconocida?
 ¿Tan pronto tú podías olvidarla?
 ¿De Lázaro la voz? ¿voz del amigo
 Cuya muerte con lágrimas amargas
 Hace poco plañías? ¿de aquel mismo
 Que el divino poder de la palabra
 Del gran profeta que en la cruz espira
 A la vida llamó? Cuando arrobada
 En amorosos éxtasis de gozo
 Por verme renacer estuvo tu alma,
 Recuerda, y el afán y la ternura
 Con que resucitado me mirabas,
 Cuando la destruccion con férreo cetro
 Sobre mí inexorable gravitaba.
 Recuerda nuestros plácidos coloquios
 Sobre la maravilla soberana
 De mi vuelta á la vida..... Lloro, llora
 Al Maestro querido, que tan larga
 Angustia sufre en el sangriento leño;
 Mas templa tu dolor con la fé santa
 De que, con solo su querer divino,
 Triunfante del Gólgota bajára;
 Y aun cuando durmiera sobre el leño
 El sueño de la muerte, que le acata,

¿Puedes temer que fuese para siempre?
 ¿Jesus puede morir? ¿quién de la nada,
 Con su voz de poder sacó los mundos,
 Presa seria de la tumba aciaga?

Así dice, estrecha á Lebeo entre sus brazos y le acompaña fuera de los sepulcros. Llegados sobre la pendiente de una colina, Lázaro señala al tembloroso discípulo el punto donde se levanta la fiera Jerusalem, siempre envuelta en espesas tinieblas, y le dice:

¡Mira! ¿no ves? ¡la noche tenebrosa
 Que sobre toda esta region gravita,
 Acaso no proclama á nuestros ojos
 La presencia de Dios? ¿viste en tu vida
 Una noche jamás cual esta noche,
 Ni una naturaleza tan sombría?
 ¿Tu padre y tus abuelos al contarte
 De su largo vivir las maravillas,
 Te hablaron nunca de tinieblas tales,
 Ni de un dia sin luz cual este dia?
 No, no, mi amigo, no. Quiso el Eterno
 Que lobreguez solemne, nunca oida
 Cual ántes de nacer la luz del caos,
 Envolviera la muerte del Mesías.
 El terror reina solo sobre el mundo,
 ¡Y allá en los cielos el terror domina!
 ¡Mudo estupor ha herido cuanto existe!
 La muerte de Jesus era precisa
 Para que se cumplieran del Exelso
 Sobre el triste mortal las altas miras.
 Desde que fluye la divina sangre
 De aquel Maestro que en la cruz espira,
 Siento una emocion inexplicable,

Percibo un nuevo sér que en mí se anima,
 Cual si otra vez me alzara de la tumba
 A respirar del cielo nueva vida.
 Donde quiera que fije mi mirada
 Todo en torno de mí se santifica:
 En todos los objetos que me ceñean
 Veo la mano del Eterno escrita:
 A mis oídos susurrantes suenan
 Armónicas y gratas melodías,
 Cual vuelo de purísimos espíritus,
 Rumor que yo recuerdo percibía
 Cuando ya no pertenecía al mundo.
 Muy á menudo ante mis ojos brillan
 Rayos divinos de suave lumbre
 Que pasan cual relámpago á mi vista,
 Pero dejan al alma una paz dulce
 É inefable y purísima alegría.

Dice y se interrumpe de repente, como poseído de temor y de sorpresa.

¿Qué tienes Lázaro? exclama Lebeo, ¿cuál es esta aparición divina que te trasporta en un santo éxtasis?

Y Lázaro le responde con una voz baja y misteriosa:

Un inmortal ha pasado
 Ora delante de mí:
 Era rápido su vuelo
 Como es rápido el sentir
 De nuestros goces mas dulces:
 Sin duda nueva feliz
 Trae, ó mensaje del cielo
 Que hace mi pecho latir.....
 ¡Ah! ya lo sé, lo penetro,

Le siento dentro de mí.....
 Jesus, cuyo nacimiento
 El ángel y el serafín
 En mil coros celebraron,
 Jesus, no puede morir
 Para siempre como el hombre,
 Ni es la corrupción su fin.

Y arrojándose á los brazos de Lebeo, le hizo participar del contento inconcebible en que le habia sumido aquel rayo celeste que un ángel al pasar habia dejado caer sobre él.

